

“LA ABUELA”

Cuento Ecológico

MARÍA DE LOURDES BARSALLO JAÉN



Penonomé, Enero 2014

“LA ABUELA”

Cuento Ecológico

De

María de Lourdes Barsallo Jaén

Penonomé,

Enero, 2014

© Todos los derechos reservados por el autor

ISBN 978-9962-05-642-3

Impreso en Penonomé, Provincia de Coclé, República de Panamá

Se imprime, MARHESA

Marzo 2014

“LA ABUELA”

CUENTO ECOLÓGICO Y DE REFLEXIÓN

“No hilan los lirios, no, ni trabajan; y sin embargo, el rey sabio (Salomón) no tuvo un manto de una suntuosidad tanta.” Mateo 6:25-34

La recuerdo aún, como si fuera ayer. Como una flor cargada de rocío, me dio de beber de su savia y me dio de comer de su amor y su ternura, infinitas. Día a día, en sus relatos, infundió en mí la alegría del vivir, ajustada a la medida de mis inquietudes infantiles. Hizo, a través de su inagotable energía e imaginación, que mi soledad y mi tristeza, generada por la muerte de mis padres, no llegara a convertirse en una perturbación para mi alma.

Ella me hizo sentir, que ellos siempre estarían allí, cuidándome y acompañándome, desde una mágica estrella, en todo momento, en todo lo que existía a mí alrededor y en todo lo que yo hiciera. Crecí, por ella y sus cuidados, creyendo que todo, todo, es posible.

Que no hay barreras que el hombre no pueda derrumbar. Que la Vida es un reto que hay que superar, con la fuerza de la voluntad, el esfuerzo constante, en las alas de la imaginación. Que el sol sale día a día, para darnos la energía necesaria a fin de lograr nuestros deseos e ilusiones, grandes o pequeñas. Y que el más grande reto, es, simplemente ¡Vivir!

Con ella y a través de ella, disfruté de lo maravilloso que resulta el contacto con la Madre Natura, al caminar por el campo, recogiendo guijarros, nidos vacíos, plumas de aves, ramitas y hojas secas, de contornos y colores sin igual. Semillas y flores secas, que recogíamos para realizar los proyectos que luego, venderíamos de tarde en tarde, en la boutique del pueblo, lo cual no nos era necesario, pero ella insistía en hacerlo para que aprendiera a valorar lo que teníamos. Así me decía llena de entusiasmo, e íbamos siempre juntos y alegres, disfrutando el paisaje y sus tantos colores, formas y aromas. Nos deteníamos a contemplar el deleite de las bandadas de patos y blancas y

estilizadas garcetas, que se detenían en el remanso del río para mojar su plumaje y, de paso, cazar los pequeños peces de colores que saltaban por la superficie del agua e insectos, ricamente matizados, que se acercaban a las orillas.

En su compañía, el viejo camino que llevaba de nuestra casita al río, que sin ella se me hacía triste y desierto, se convertía a través de sus relatos, en un sendero de sorpresas, sin igual, despertando en mi alma, la ilusión, de que era posible escuchar el cuchicheo de flores y hojas, ante el idílico concierto del viento, que a su paso, y a través de los mágicas palabras de la abuela, se iba transformando, melódico, en mi mente infantil, en un dialogo animado e intrigante, viento que atravesaba sereno o furtivo la inmensidad del bosque.

Me contaba, de tanto en tanto, los misterios que guardaba alguna cueva. Donde tal vez pudieran habitar seres encantados que con sus encantamientos, bañaban con aquellos destellos dorados, propios del verano, los enriscados cerros. O vestían de esmeralda

y plata, las hojas de los árboles, pues por pertenecer al reino de la ilusión, cada cosa debía tener el tinte de la imaginación.

Para ella, los aullidos de los animales salvajes, graznidos de loros, chillidos, gorjeos, gritos, murmullos y sonidos musicales extraños del bosque, eran secretos mensajes de estos seres, que comunicaban su bienvenida a nuestro recorrido por sus predios, pues, ellos, conocían el alma de sus visitantes y en aquellos que encontraban paz, depositaban con sincera alegría, toda su confianza. Pero, cuidado, decía, si perciben una brizna de peligro en el visitante, son múltiples sus armas para defenderse y defender a la Madre Natura.

La abuela, con sus especiosos relatos, preñados de una imaginativa espectacular, me hizo comprender que este mundo todo, está dotado de tantas maravillas, como misterios hay. Las doradas y coloridas hormigas en su aparente indefensión, debido a su pequeñez, eran según la abuela, por su enorme cantidad y unidad disciplinada, el más grande y eficiente ejército del bosque,

estratégicamente organizadas, si sienten que el campo está en peligro.

Otros seres del bosque están dotados de colmillos, garras, inmundos gases, extraños y malolientes fluidos, pegajosas y venenosas salivas y líquidos viscosos y mortíferos, telares, engaños, trampas, con los cuales intentarán persuadir al atacante de ir en paz. Para la abuela, aún las piedras en su inmovilidad, podrían persuadir a un enemigo del bosque de no ir más allá, pues al desprenderse oportunamente de su base y dejar deslizar el pie del visitante inoportuno, causarían una humillante derrota, sin disparar una bala.

La imaginación de la abuela no tenía límites. Según ella, el bosque estaba habitado por seres prodigiosos que emiten vibraciones buenas, que dan fundamento a todo el Universo. Y también, hay aquellos, pobres de espíritu, alimentados por el odio y el egoísmo, que emiten terribles vibraciones y con ello, mantienen la fricción tan necesaria en el ciclo de la Vida. Estos entes espectrales, eran

para mi abuela, sin duda alguna, más que necesarios, en el armónico concierto del Universo. En ellos, me indicaba, tal parece que no cabe Bien alguno, pero su existencia obliga a la lucha constante y, sin lucha ni esfuerzo, la vida toda, se arruinaría en una rutinaria monotonía y, sí había algo que ella sabía combatir bien, era la rutina, con su espectacular y rica imaginación y su infinita sabiduría.

Era bueno, entonces, para internarse en lo profundo del bosque, elevar a Dios una dulce oración y armarse, tal vez, de pequeños resguardos, que absorban las malas vibraciones que nos envíen de vuelta, como pequeñas piedritas de colores, cual poderosos y mágicos escudos protectores. Sólo así y yendo en paz, mostrando con alegría nuestras buenas intenciones y respeto a la Naturaleza, nos salvaríamos de sus peligrosos resabios.

Mi niñez a su lado fue toda una aventura. Los árboles, las plantas, las montañas y hasta los más diminutos granos de tierra, o el más simple e insignificante espécimen, cobraba vida y misterio, a

través del filtro maravilloso, de su mente. Y sus palabras, me llevaban montado en deslumbrante y mágica ilusión, percibiendo olores, sabores, texturas, sonidos, que de otra forma, jamás hubiera advertido, en torno nuestro. Toda la realidad era transformada por ella en un idílico romance con la Vida misma. Me doy cuenta, hasta ahora que ya no está, que a través de sus relatos, su verdadero empeño se reducía al simple hecho de enseñarme a amar la Vida, más allá de todo. A recibir, con actitud expectante cada nuevo amanecer. A desear, simplemente Vivir y borrar de mi mente, la palabra, imposible.

Esa maravillosa expectativa de Vida, preñada de fértil imaginación sin límites, me ha traído para mi bien, tirado de los cabellos, permanentemente. Cada vez que me aboco a un nuevo reto en mi vida, las imágenes de realidades vistas a través de sus ojos, que podían convertirse en un tris, en espectaculares mundos, me han dado el impulso de preguntarme siempre, ante los retos ¡¿Y, por qué no ha de ser?!

Recordar ahora su sola presencia, me motiva. Despierta en mí el deseo de Vivir, de encontrar otra vez a esos espectaculares seres que ella, sabiamente, sembró en mi mente infantil, para que poblaran mis mañanas, mis tardes y mis noches, sin temores perniciosos y con la alegría, de que todo es posible, cuando se quiere con todo el corazón y con todo el alma. Siempre que en el corazón no se de paso a sentimientos que perturben el entorno, pues ella también se afanó en advertirme, que de lo que se siembra, nuevamente, se recoge.

Con el paso del tiempo, la infancia fue dando paso a la entrada de la adolescencia. Los pasos de la abuela se fueron tornando lentos y ya, podía yo percibir con tristeza, que no lograba su cuerpo lo que su alma, aquella intrepidez que me cautivó de niño, que hizo nacer alas a mis sueños. Que me llevó, más allá de los límites de lo tangible, a un sinfin de aventuras, ajeno a las duras realidades de mi vida.

Bebí de su fuente y nunca, nunca, aquella dulce savia dejará de

inundar mis venas. Fue así de tan rica su nutrición, que aún en los peores momentos, he tenido en sus ideas y encendidos relatos, fuente inagotable de imaginación y ternura, de originales soluciones sin límites, en mis proyectos de vida. Sus relatos y consejas, quedaron, indeleblemente grabados en mi memoria. A raíz de las singulares y profundas emociones que despertaban en mí, la claridad de sus pensamientos, ideas encaminadas de forma incansable, a brindarme nuevas probabilidades, nuevas formas de ver, hacer y rehacer la Vida, cada vez.

La recuerdo días antes de su partida. Considero hoy, que en su sabia imaginativa, me preparaba, dulcemente, para la despedida final. Me habló entonces, muy quedamente, en su modo muy propio, inocente y puro, del Amor. Sus palabras quedaron en mi alma y en mi mente, grabadas, cual aquellas piedrecillas de colores que guardábamos en los bolsillos, para alejar las malas influencias del bosque, durante nuestros inolvidables paseos, tan unidos y alegres. A través de tiernos relatos y dulces pláticas, me habló,

ahora muy quedado, desde su cálido lecho, de la confianza, de la amistad, de la fe y de la esperanza.....

Ya no podíamos salir juntos al bosque, como antes. Yo debía cumplir mis deberes escolares y ella, ya no estaba para trotes, como ella misma decía, con su sencillo humor, cual florecilla silvestre. Sabia y prudente, había arreglado ya mi partida de aquella hermosa estancia, para cuando ella faltara. Me iría a casa de sus amigos en la ciudad, mis padrinos, donde se aseguraba que todo sería bueno para mí, que mi futuro no se vería interrumpido por su falta. Me dijo así, alguna vez, delicada, valerosa y resignada, con sus melosos y vivaces ojos, que empezaban a apagarse, humedecidos entonces de finas lágrimas.

No podré olvidar ese momento. Hasta entonces, conocí el rostro del amor maduro, la cara del dolor gozoso, iluminado su rostro por tan dulce expresión, dulzura que fluía serena, de aquella satisfacción suya de tenerme, así tan cerca, a pesar de todo. Quebrantada nuestra mutua dicha, por la inminencia de la partida

final, del viaje sin retorno. Mi primer encuentro con la Muerte, cara a cara.

¡Ella se estaba despidiendo de mí! Lo supe entonces... lo recuerdo ahora... ¡Con tierna dulzura... lo recuerdo!... Se despedía de mí, sin apasionamiento. Con la certeza de que todo, todo, está en equilibrio con el natural concierto de las cosas. Con la seguridad que ella me infundía, a través de la memoria permanente de sus ricas y exóticas leyendas, lo cual le agradeceré, siempre.

A modo de emotiva y sabia explicación, me habló de la Vida... y también... de la Muerte!—Es hora ya que conozcas que la Vida, no es toda risas y alegría, también hay lágrimas— me dijo, rozando con sus temblorosas y delicadas manos, mis húmedas mejillas.— Es necesario que des en tu corazón y en tu alma, paso permanente a la alegría Que siempre, siempre, la tristeza es pasajera. No debe dejarse enraizar. Como la mala hierba, vuelve estéril la tierra que la acoge...y deviene en más y más pesadumbre... al igual que el odio, la envidia, el rencor.— Ten presente, que aquello

que amamos de verdad, nunca se va de nuestro lado... porque... lo llevamos dentro....

Habló entonces, pausadamente. Cual suave murmullo, habló, dirigiendo a mis ojos su cálida mirada. Habló, muy quedó.... dulcemente. Recordó con especial cuidado, motivada tal vez, por el secreto dolor y la vehemencia que nace de la inminente despedida, la lectura de una vieja lección aprendida, sobre la necesidad de que todo fruto, cuando ha llegado a su plena madurez, se desprenda del árbol—me dijo. —Y ya... entregada su pulpa para dar vida a otras vidas, la semilla retorne a la tierra... Es este el mandato del Supremo Creador en cumplimiento del ciclo completo... de la Vida... — sentenció amorosa, la abuela... dibujando en su rostro, una tenue sonrisa que no he de olvidar, nunca.

—¿De la Vida?...— Le dije. Apretando en mi pecho una inmensa tristeza, pues su sabiduría ya había a florado en mí, el poder de entenderla, desde lo más profundo... aún sin palabras. Presentía,

que aquella charla abriría en mí una profunda herida y por vez primera, conocí en sus ojos, el dolor punzante que se clava, ya no en la carne, sino... en el fondo del alma.— ¿De la Vida?... — Repetí, dolido y temeroso de la respuesta.

— Sí ¡querido mío!... De la Vida es la Muerte... como del Amor la entrega. Aleja el temor y la pena y ve siempre, cual asombrado caminante... dispuesto al cambio. Para la Madre Tierra, somos flor y somos fruto... en manos de Dios, semilla somos... recuerda, que consumido el fruto, la semilla deberá retornar a los brazos de la Madre Tierra. Y ya encerrada en el pequeño y cálido surco, se ha de producir, silenciosamente, el más grande milagro...

— No debes temer, ni preocuparte, pues el sol es sabio y cuida... cuida... por mandatos del Señor, a cada una de sus criaturas, su tibio calor... penetrará gradualmente la tierra... que le ha dado cabida, enriqueciéndola. Igualmente ... el cielo... parecerá haberle negado su luz, más, lo lleva dentro... al igual que los más ricos y tiernos matices del paisaje... y las vivencias, que en la

Vida disfrutó... Por eso, hay que inundar de alegría y esperanza nuestro corazón... esperando siempre... siempre... lo mejores frutos de todos nuestros esfuerzos, por mínimos que parezcan... Con la alegría que Dios nos otorga desde la cuna... es lo que traemos dentro y de esa alegría mi niño... sin dudar... germinará para el Mundo... nuestro recuerdo...

— Y es la espera, mi niño, la mejor oportunidad de mostrar al Señor, nuestra fe... pues, aún sin verla ni comprenderlo del todo... debes creer... La semilla es Vida ya... desde entonces... y toda Vida merece vivir en el Bien y para el Bien... aún antes de nacer... Recuerda además, querido niño... que la materia no muere... sino que se transforma... cual mágica cascada... la semilla dará vida a un árbol... el árbol a una flor y la flor... una semilla... La semilla será fertilizada por las aves... las mariposas... transportada por el viento... y tal vez... también ¿por qué no?— dijo la abuela— ¡... por las hadas bienhechoras del bosque...! Cada fruto, cada flor, cada semilla, contiene toda la energía del

Universo, que le ha sido dada a través de la luz del generoso y poderoso Sol... del agua de lluvia... de las generosas corrientes... de la frescura de la nieve, de la suave calidez del rocío matutino... y entregará así, finalmente la vida, a otros tantos y tantos peregrinos en un eterno retorno... Y nosotros... dignos hijos de la Madre Tierra... debemos aceptarlo así... vivirlo así... y seguir viviendo... ¡Vivir! ... que no nos es permitido más que ¡Vivir! Niño mío. Sin abandonar nuestros sueños e ilusiones... ni por un solo momento... ¡todo pasa y todo llega, en algún mágico momento....! Y, no lo olvides.... sea la Voluntad, el Amor, y la Fe, la savia que nutra nuestros días... hasta el último minuto de nuestras vidas....

Y, con toda emoción, agregó:—Porque la Vida, mi pequeño niño, nunca, nunca, se detiene, no te detengas tú... nunca... no permitas que nada corte tus alas... Mira lejos y vuela alto, sé prudente, pero nunca renuncies a tus sueños... guarda en tu corazón mis enseñanzas... a través de ellas te estaré acompañando... Ten en

cuenta siempre...siempre... que tu vida... no es más... que el resultado de tus propios y más íntimos pensamientos ... por lo tanto... cultiva la buena palabra... y guarda... guarda en tu corazón, los más puros pensamientos... vuela con tus sueños, hasta los rincones infinitos del Universo... que allí... al final del arcoíris... te espera la magia de la Vida... con todos sus matices... de manera infinita... Yo estaré contigo siempre...siempre... desde una mágica estrella...

Como sabes hija mía, la abuela, partió mucho antes de que tú llegaras. No pudiste disfrutar de sus historias, de su sabiduría y ternura. Pero, tengo la seguridad de que está con nosotros. Me parece verla titilando desde lo alto, cuál mágica estrella. Como diciendo, — Aquí estoy... contigo... siempre... La vida continua... mi querido niño... sólo... dale rienda suelta a las alas de la imaginación... déjale crecer raíces a tus sueños... a la dicha, a la fe y a la esperanza, haciendo... de la Vida ... ¡la mayor aventura!

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Se imprime,
Penonomé, Prov. de Coclé, República de Panamá
en Marzo de 2014



MARÍA DE LOURDES BARSALLO JAÉN

El cuento "*La Abuela*" de la autora *María de Lourdes Barsallo Jaén*, pretende recoger en sus páginas todo el amor, las ternuras y delicias que la figura de *la abuela* representa para un niño o niña en su más tierna edad, develando a través de su cariño, su rica imaginación y sabiduría sin igual, los misterios que nos guarda la mayor aventura ¡la aventura de Vivir! Amor, ternuras y delicias que nos acompañarán siempre, asombrados aún y también, eternamente agradecidos, enmarcado este tierno relato, en el mágico mundo de la Naturaleza...

Ver también en Web Blog: <http://mdelbj2.com>

ISBN 978-9962-05-642-3



9789962056423